

La odisea de entregar una silla de ruedas en Nueva Venecia

Por: Javier Ahumada Bolívar



La aventura comienza cuando llegamos al Malecón, que funge como puerto, en el municipio de Sabanagrande, Departamento de Atlántico, a unos 20 kilómetros de la ciudad de Barranquilla. Esa mañana de junio, estaba diáfana y el sol comenzaba a golpearnos. El río se veía tranquilo y desde las chalupas estacionadas hacían el llamado "Sitinuevo, Sitinuevo".

Sin los más mínimos protocolos de seguridad, junto con otros pasajeros nos subimos. El techo era plástico y las bancas eran tablas atravesadas. Después de unos 20 minutos llegamos al municipio. "Bienvenidos a Sitinuevo, tierra de paz", nos advierte un letrero en los muros del Puerto.

Sus calles, o al menos por aquellas por donde pasamos en motocarros para llegar a un sitio que los nativos, llaman "La Puerto" son angostas, destapadas y llenas de cascajos, marca que deja el transitar por ellas humedecidas y que luego se secan, por el sol canicular de este mes. Fueron al menos

45 minutos atravesando al pueblo de casas de material sin pañetar y paredillas con grandes avisos de políticos.

-Llegamos- dice el joven conductor del motocarro. "Menos mal. Ya no aguantaba un brinco más". Pensé. En "La Puerto", nos recibió un perro negro y desconfiado que cuidaba la única canoa que estaba anclada a un árbol de Totumo. La chalupa que nos iba a transportar hasta nuestro destino, Nueva Venecia, se había ido; la cita era a las 9:30 a.m. y llegamos con 45 minutos de retraso, la otra, si llegaba lo hacía a las 3:00 p.m.

-No se preocupen ahorita llega una- trató de calmarnos Félix, un abogado que conocía el sitio y que junto con el hermano Ro-



drigo Arenas y el pastor Giuseppe Creazzo, han hecho la travesía en otras oportunidades. Por su parte la reverenda Sonia Sánchez, el músico Moisés Méndez y yo, era la primera vez



que lo hacíamos. Al rato, efectivamente, llegó una canoa, con motor en la parte trasera, que a la postre nos llevaría a la población palafítica enclavada en el corazón de la Ciénaga de Santa Marta.

Lo primero que hicimos fue subir la caja que contenía la silla de rueda, el pastor Giuseppe, quien la trajo de Bogotá, a través su Fundación Los Amigos de Arcángel, la cuidaba casi que celosamente. Los demás nos acomodamos a los largo de la canoa. Era mucho más pequeña que la chalupa que nos llevó del Malecón de Sabanagrande hasta Sitinuevo. Cuando el conductor, un hombre de rostro cobrizo, jaló la cuerda para encender el motor, sentimos que la canoa se iba a voltear. Sonia soltó un grito que desperdigó las aves distraídas que estaban en un matorral. -Guárdanos Señor. Exclamó.

Ya en medio del agua y un poco más tranquilos comienza uno a disfrutar del paisaje. Los montes de lado y lado del brazo del río son más verdes y sus hojas parece que un jardinero las brillara cada mañana, el cielo estaba serpenteado por aves que nos seguían. Solo sales del encanto cuando la canoa se mueve a causa de la "Maretas" y las palpitaciones se aceleran. Hubo un momento del viaje que



solo veíamos agua y por más que escucháramos el ruido del motor, daba la impresión que no avanzamos en ese mar de agua. El sol de la 11 de la mañana caía sobre nosotros con todo el rigor.

Después de unos 50 minutos, se avizoró un montículo verde en el agua plateada. El hombre de rostro cobrizo pronunció su primera frase: -ya estamos llegando. La soltó para darnos alivio, sobre todo a los en ciernes y temerosos viajeros.

Quizás sin en Nueva Venecia no hubiera sucedido lo que sucedió estuviera aun en el anonimato, como sucede con algunas poblaciones olvidadas de Colombia, que sólo salen a luz cuando sus hijos deportistas saltan al estrellato, o como en este caso la violencia en su máxima expresión irrumpe la tranquilidad. Hace 18 años en este caserío se perpetró una masacre que dejó al menos 70 muertos, todos humildes pescadores, a los que los paramilitares señalaban como auxiliares de la guerrilla.

Hasta allí llegamos con un sólo propósito: llevar del amor de Dios a sus habitantes. En este caso expresado en ayudar a una niña que necesitaba la silla de ruedas, debido a una enfermedad que poco a poco le paraliza sus extremidades.

A medida que nos acercába-

mos el paisaje era más real, a la distancia, parecía una colorida acuarelas de algún pintor famoso. Sus casas flotan en el agua y en cada una de ellas estaba "parqueada" una canoa como en la que llegamos, es el medio de transporte que los lleva a diferentes sitios del caserío flotante.

Tiene una doscientas casas aproximadamente y como en todo pueblo tiene su escuelita, cinco tiendas, el billar donde los hombres después de la dura faena de pesca sacan el cansancio al son de ranchera y vallenatos, una iglesia construida hace más de treinta años, por los presbíteros de Barranquilla, una cancha de Fútbol donada por Radamel Falcao y la iglesia evangélica Trinitaria Luz del Mundo.

Nos recibieron, justamente, en la casa de pastora Yoladis, allí estuvimos por espacio de una hora, "para secarnos y descansar un poco del viaje". Moisés Méndez se gozaba filmando detalles, como el perro que nadando se iba de una casa a otra o los niños que pasaban cerca conduciendo las canoas. Luego partimos a la casa de Mariana Gutiérrez, la madre de la niña a quien se le iba a entregar la silla de ruedas.

La vivienda esta soportada por pilotes de madera, tiene un salón sin divisiones con pocos

nerativa que las consume. Lisbeth de 16 años ya tenía silla de ruedas. A Lina de 11, entre risas y llanto de su madre, Giuseppe y Rodrigo arman la silla, después sientan a la niña que los mira con sorpresa. "Estos son los pies de mi hija, gracias a Dios y ustedes" dijo Marina mientras nos abrazaba.

Después una breve enseñanza sobre el amor, que dio Félix, y una mojarra frita de almuerzo, nos disponemos a salir de esta comunidad, aquí a cientos de kilómetros de nuestras casas quedan nadando nuestros corazones.

Entre grandes cajas de icopor con hielo y pescado dentro, viajamos de regreso con la satisfacción del deber cumplido y sin importar las vicisitudes del viaje, comprometidos con regresar pronto a llevar cosas que resuelvan sus necesidades y a arrancarle una sonrisa a Jesucristo.

muebles, al fondo queda la cocina y a un lado dos habitaciones, en el centro de la sala cuelga un pendón de los 15 años de Lisbeth.

Me impresionó que no era una sola niña sino dos, las que padecen la enfermedad dege-